



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 16 — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

26 ABRIL 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

PRECIOS DE SUSCRICION PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

1.ª EDICION. — DE LUJO Ó COMPLETA.

Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos.

| MADRID. | PROVINCIAS. |
|-----------------------|-----------------------|
| Un año... 30,00 ptas. | Un año... 36,00 ptas. |
| Seis meses... 15,50 » | Seis meses... 18,50 » |
| Tres meses... 8,00 » | Tres meses... 9,50 » |
| Un mes... 3,00 » | |

2.ª EDICION. —ECONÓMICA.

Cuatro números al mes, un figurin y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre.

| MADRID. | PROVINCIAS. |
|-----------------------|-----------------------|
| Un año... 18,00 ptas. | Un año... 21,00 ptas. |
| Seis meses... 9,50 » | Seis meses... 11,50 » |
| Tres meses... 5,00 » | Tres meses... 6,00 » |
| Un mes... 2,00 » | |

3.ª EDICION.

ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados.

| MADRID Y PROVINCIAS. |
|--------------------------|
| Un año... 13,00 pesetas. |
| Seis meses... 7,00 » |
| Tres meses... 3,50 » |

4.ª EDICION. — ESPECIAL PARA MODISTAS.

Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados.

| MADRID. | PROVINCIAS. |
|-----------------------|-----------------------|
| Un año... 27,00 ptas. | Un año... 29,00 ptas. |
| Seis meses... 14,50 » | Seis meses... 15,50 » |
| Tres meses... 7,00 » | Tres meses... 8,00 » |
| Un mes... 2,50 » | |

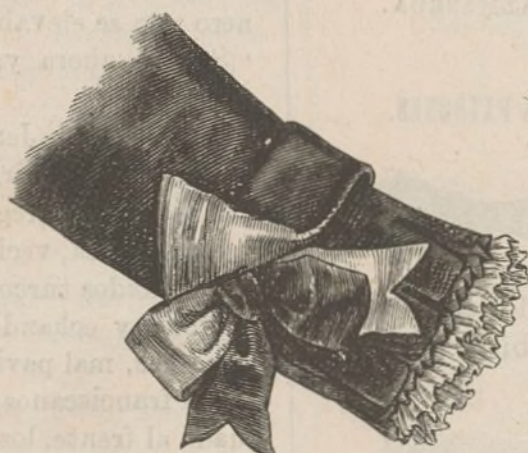
Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demas puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en las provincias de España. Agentes generales. — En la REPÚBLICA ARGENTINA y en la del URUGUAY D. Federico Real y Prado. — En la de CHILE D. Julio Real y Prado.

SUMARIO —Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Mangas elegantes para vestido. — Delantal blanco bordado. — Vestido de entretiempo guarnecido de flecos. — Vestido adornado de plisés. — Paletot para jovencita. — Paletot de entretiempo. — Paletot adornado de flecos y pasamanería. — Cenefas ricas para ropa blanca. — Puntillas y entredoses de crochet y trencilla. — Puntilla y entredoses de encaje y trencilla. — Puntilla y entredós de encaje de palillos. — Escotes elegantes para camisa. — Tapete de cañamazo. — Almohadon redondo. — Entredoses bordados en tul. — **LITERATURA:** Impresiones de un viaje á Palestina, por María Teresa Obligado — Risa y llanto, poesía, por Emilia Calé Torres de Quintero. — Dos ecos, poesía, por Ricardo Sepúlveda. — ¡Chist! poesía, por José Selgas. — ¡Ordinal! traducción, por Josefa Pujol de Collado. — El Bálsamo de las penas, por Angela Grassi. — La voz, por María del Pilar Sinués. — Consejos á las novias. — Secretos del tocador. — Explicación del figurin 1.310 bis.

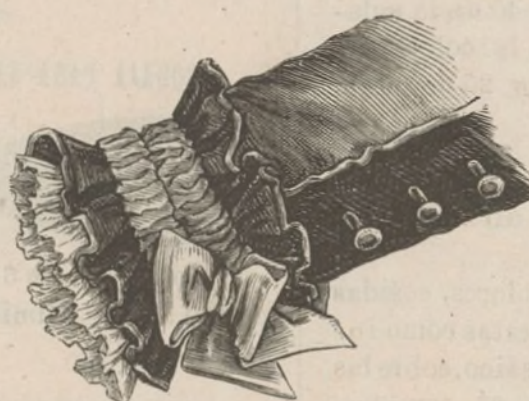
EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. MANGAS PARA VESTIDO.

La primera termina en picos cuadrados que descansan sobre un pliegado de seda: un biés de la tela del vestido, forrado tambien de seda, rodea la manga volviendo, hacia arriba un pico, debajo del cual se coloca un lazo de las dos telas. La segunda lleva ojales figurados y botones, terminando por abajo con plegados y bullones.



1. Manga para vestido.

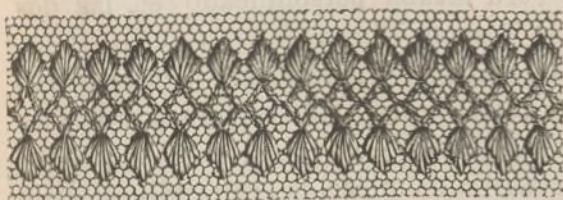


2. Manga para vestido.

3. DELANTAL BLANCO BORDADO.

(Patron y dibujos: en el pliego del 18, por el revés, núm. XX, figs. 66 y 67.)

Este delantal puede ponerse para servir el té, y el grabado presenta claramente la disposicion de su adorno, ofreciendo además el pliego los dibujos para los tirantes y cenefas: un volante plegado de 21 centímetros de ancho termina el delantal, y una pequeña guarnición festonada todos los bordes.



4. Entredós bordado en tul.

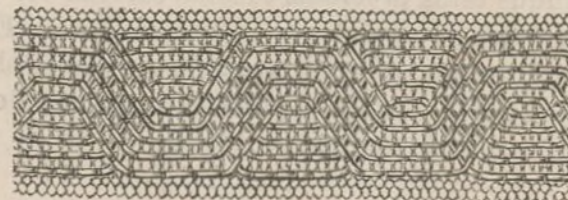


3. Delantal blanco bordado. (Patron: pliego del 18, por el revés, núm. XX, figs. 66 y 7.)

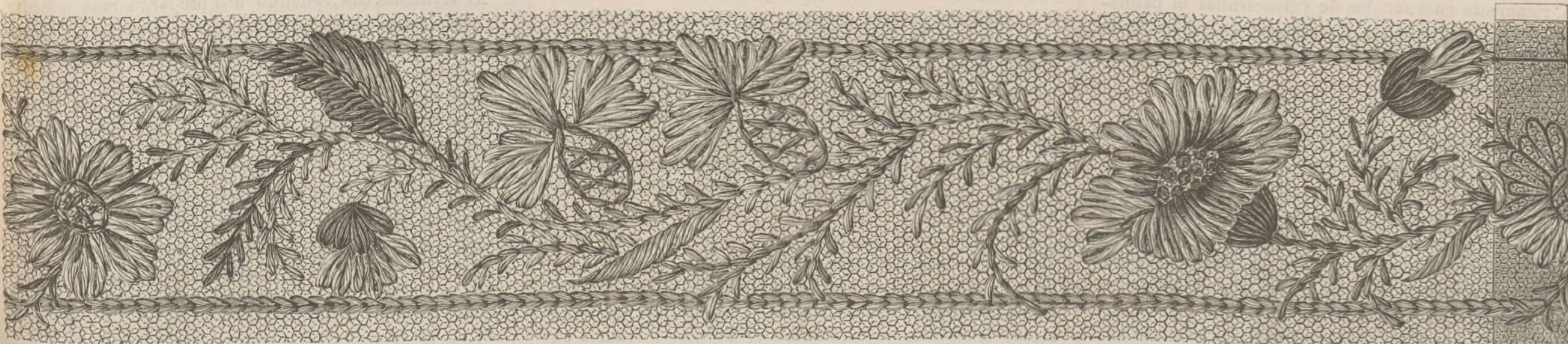
15 Y 16. VESTIDO CON TÚNICA.

(Patron de la túnica: en el pliego del 18 por el revés, núm. XXI, fig. 69.)

Este modelo que presentan nuestros grabados por delante y por detrás, tiene una túnica princesa, cuyos costadillos tienen el largo de la aldeta, completándolos despues dos pedazos al hilo que unen con el delantero, y se fijan con tablas y cabeza por detrás: un fleco guarnece toda la túnica, que abre por delante sobre el plastron, cerrado con botones por arriba y adornado de flecos trasversales.



5. Entredós bordado en tul.



6. Entredós bordado en tul

les en la falda. Dos plegados adornan ésta todo alrededor. El núm. 15 presenta un traje de cachemir de la India con la túnica en el mismo tono, de cuadrito menudo, y el núm. 16 un vestido de seda verde bronce, con la túnica de cachemir del mismo color.

17 Y 18. CENEFAS PARA ROPA BLANCA.

La costumbre de bordar con color la ropa blanca de diario parece ir ganando terreno, y al efecto ofrecemos estas dos cenefas; la primera bordada á feston y pespunte con algodón azul, y la segunda bordada con blanco, y solo los lunares y pespuntos encarnados. Para la aplicacion véase el número anterior.

19 Y 20. PUNTILLAS DE TRENCILLA Y CROCHET.

Ambas llevan como base la trencilla Cluny que ocupa el centro, sujetándose á uno y otro lado los piquillos de la trencilla de un modo tan claro como indica el dibujo, hecha cada labor de los lados.

21. PALETOT DE ENTRETIMIENTO.

Ruches espesas de encaje, de 5 cents. de ancho, cosidas pié con pié, y que se fijan en el centro con un galon de pasamanería, adornado de perlas y fleco anudado, constituyen el guarnecido, tan rico como elegante, de este paletot de cachemir de la India forrado de seda. Aumenta su valía la novedad con que están dispuestas las partes de la espalda, formada de varios pedazos, y los costados cubiertos de plisés de reps de seda. Estas dos partes plegadas son más cortas (4 cents. ménos), pero se completan abajo con un encaje.

22 Y 23. PALETOT PARA JOVENCITA.

(Patron: pliego del 18, por el revés, núm. XII, figuras 37 á 41.)

Este paletot es muy á propósito para una señorita de talle esbelto. Se hace de faya negra ó cachemir forrado de seda. El grab. 23 le representa adornado con plisés de reps desflecado, en vez del fleco que guarnece el grabado 22.

Botones de pasamanería en el delantero, el bolsillo y la cartera de la manga. El croquis, tamaño reducido, figuras 37 a á 41 a, indica el modo de unir las diferentes partes. La espalda fig. 29 debe completarse de largo conforme á las medidas indicadas. La fig. 40 da la solapa. Una línea fina sobre la fig. 47 marca la colocacion del bolsillo, que mide 16 cents. de alto por 20 de largo.

24 Y 25. ALMOHADON.

Materiales: Cintas, retales de seda de diferentes colores.

Las tiras de seda ó cintas de distintos colores, cosidas las unas á las otras con seda gris, y dispuestas como indica el grab. 24, forman las bandas de mosaico, sobre las cuales se ejecuta el adorno á crochet, grab. 25, con puntos dobles. Las bandas tienen de 5 á 25 cents. de largo, se cortan sobre uno y medio centímetros, y se doblan á lo largo. Las que son al biés tienen un centímetro más de ancho. El modelo, de reps de lana castaño, relleno de crin y lana, mide 56 cents. de largo por 30 de circunferencia. Cada banda cuenta 12 vueltas de largo por 55 ptos. de circunferencia. Borlas y cordonería completan su adorno.

26 Á 28. CENEFAS PARA ROPA BLANCA.

Aunque estas preciosas cenefas servian de adornos á los modelos de pantalones representados en EL CORREO anterior, pueden adornar toda clase de ropa blanca, hoy que tanto lujo y tanta riqueza se viene desplegando en el guarnecido de tan útiles objetos.

29 Á 33. ESCOTES Y ADORNOS DE CAMISA.

Los grabados 29 y 33 representan dos escotes de camisa, ricamente guarnecidos de valencienes el primero, y de volantes bordados el segundo. Los grab. 30, 31 y 32 son adornos para el mismo objeto, bordados á punto anudado y al minuto.

34 Y 35. PUNTILLA Y ENTREDÓS DE ENCAJE DE PALILLOS.

Materiales: Hilo del núm. 20, para la trama, y más fino para el tejido.

34. *Puntilla á punto de guipure, punto cruzado, punto de blonda y punto trenzado.*—Con 24 palillos. Se empieza la puntilla con un punto de guipure, al lado del cual se separan 10 palillos á la derecha y 10 palillos á la izquierda, continuándose á punto de blonda yendo y volviendo, y siguiendo exactamente las cifras hasta el punto 12. Dos hilos del punto de guipure 6 y un palillo á izquier-

da, dan el punto de guipure 13, y lo mismo el punto del borde 14, 3 ptos. cruzados (después del segundo punto cruzado se pica el alfiler), añadiendo 4 palillos á la izquierda; 3 ptos. cruzados, y se pica un alfiler sobre el punto 16. El primero de estos 3 ptos. cruzados está formado con los dobles hilos dejados atrás en los ptos. 8 y 10. Se añaden 2 palillos á la izquierda, para formar el segundo punto cruzado. Los dos palillos á izquierda, y los 3 palillos de la derecha del otro punto cruzado, dan el tercer punto cruzado 17; 18 y 19 se ejecutan como 13 á 15. Los dobles hilos de los ptos. 12 y 16, dan el punto de guipure 20, seguido de 3 ptos. cruzados, con alfiler sobre los ptos. 21, 22 á 24, que se hacen como 17 y 19. Los dos palillos exteriores á la derecha (2 ptos. sin hacer), y los dos palillos siguientes á la izquierda, se reúnen en el punto trenzado (5) medio punto que forma el pico. Sobre el pto. 26, se reúnen los dobles hilos de los puntos 9 y 11, con un punto de guipure, con 2 palillos á derecha para el punto de guipure 27. En seguida un punto trenzado con alfiler, 28, para el pico; 3 ptos. cruzados con alfiler, 29, y los hilos de 26, 27 y 12. Para el punto de guipure 30, se añaden dos palillos á derecha. De 29 y 30 se forma el punto de guipure 31. Un punto trenzado para el pico con el alfiler, 32, y se vuelve al primer punto.

35. *Entredós. Punto de guipure y punto cuadrado.*—Con 28 palillos. Empezando por el cuadro, se separan 12 palillos á derecha y 12 á izquierda, haciendo con los 4 palillos del centro el primer punto de guipure sobre la cifra 1, y se continúa á punto cuadrado yendo y viniendo hasta la cifra 8. En cuanto al punto de guipure, se ejecuta en hileras oblicuas de derecha á izquierda y de izquierda á derecha. Las hileras de cifras bastan para su comprension. Los 12, 32, 39, 18, 43 y 50, son considerados como puntos del borde, para los cuales se añaden los cuatro palillos exteriores á derecha. La cifra 1 del dibujo indica exactamente la continuacion del motivo que se repite de trecho en trecho.

36 Á 46. ADORNOS PARA ROPA BLANCA.

Los grab. 40 y 46 dan dos adornos bordados en blanco para camisas, chambras y pantalones bordados al pasado, pespunte y cordoncillo, y los demás grabados, entredós y puntillas de crochet, de fácil ejecucion para el mismo objeto.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



IMPRESIONES EN PALESTINA.

Á MI AMIGA JUANA MANUELA GORRITI.

I.

Mi llegada á Jerusalem marca el día de más regocijo entre los que cuento de vida.

Acababa de unirme, en un primer amor, al elegido de mi corazón, por una de esas predilecciones que parecen traer su origen de otro mundo, por su misteriosa espontaneidad.

Al salir del templo, donde la bendicion de Dios habia cambiado mi nombre y mi condicion; cubierta aún con el velo de las desposadas y la frente ceñida con la corona nupcial, mi esposo me condujo al puerto, y nos embarcamos, no á dar ese paseo de treinta días que se llama la luna de miel, sino para una peregrinacion en torno al mundo, y por término una visita á los lugares santificados con la presencia, la doctrina y la Pasion del Salvador.

Recorriamos la Europa, desde las heladas orillas del Neva hasta las arenas abrasadoras del Guadalquivir; desde la nebulosa Albion hasta la radiante Ausonia. Surcamos el Mediterráneo; aspiramos el perfume de las deliciosas islas Jónicas; visitamos el Egipto; moramos en Rodas, la caballerisca, en Chipre, la pagana; y una tarde,

en fin, divisamos, coloreada por los últimos rayos del sol, aquella antigua Joppe, de donde la divina viajera de Nazaret, triste y huérfana, salió un día con rumbo al destierro, en pos de aquel hijo de adopcion que el suyo le habia legado en el Calvario.

Nada tan mezquino y desaseado como las calles de esta ciudad, angostas y tortuosas; nada tan bello como sus jardines y vergeles.

El camino de Jaffa á Jerusalem, cruzando un llano cubierto de flores y olorosas hierbas, en las proximidades de la costa, elevase serpando en las montañas, ora entre hondonadas sombrías, ora sobre alturas de donde se descubren perspectivas admirables, lontananzas que conmueven el corazón é iluminan la mente del viajero con la luz de bíblicos recuerdos.

Numerosos kanes ó paraderos, construidos á la vera de este camino por la munificencia de opulentos mahometanos, traen á la memoria la tienda del desierto, la hospitalidad de Abraham, transmitida á sus descendientes.

Entre la numerosa caravana que nos acompañaba, tuve la dicha de ser la primera que divisó Jerusalem.

Tenia yo veinte años, salud, felicidad; y para colmo de ventura, sentia palpar en mi seno ese sentimiento confuso que entraña emociones y estremecimientos desconocidos al corazón de una virgen; sentimiento sublime, la más santa de las pasiones, que en el cielo se llama amor divino y en la tierra amor maternal....

Tal era la disposicion de mi ánimo cuando apareció á mis ojos la Ciudad Santa.

El sol llegaba al ocaso, y su último rayo doraba con tonos sangrientos sus torres, sus minaretes y sus almenadas murallas.

Á esa celestial aparicion, entrevista ya en mis infantiles sueños, copioso llanto bañó mi rostro, y cayendo de rodillas besé aquella tierra que Jesus habia regado con su sangre.

Al descubrirla, mis compañeros prosternáronse tambien, y un misionero que venia con nosotros entonó el canto del profeta Simeon.

La escena era imponente y conmovedora. Á nuestra espalda el tortuoso camino sobre montañas, cuyos nombres repiten los ecos de cuatro mil años; al frente, estendida sobre los dos sagrados montes, aquella Jerusalem tan deseada; y entre el grupo de fieles prosternados á su vista, con el rostro en el polvo, la voz del anciano misionero que se elevaba cantando como el antiguo profeta: «¡Señor: ahora ya puedo morir, porque he visto tu gloria!»

Entramos en Jerusalem por la puerta de Jaffa, la única que puede abrirse después de puesto el sol cuando llegan tarde los peregrinos.

Esta puerta, vecina á la torre de David, está guardada por soldados turcos, á quienes dimos el bachis de costumbre; y echando pié á tierra, penetramos por calles estrechas, mal pavimentadas y oscuras, hasta el convento de franciscanos, en cuyo hospicio, la Casa Nova, situado al frente, los religiosos nos hospedaron, esmerándose en proporcionarnos la comodidad posible, sin necesidad de leer la prestigiosa recomendacion que de Roma traíamos, así para ellos como para el patriarca de Jerusalem. Afligianse de no poder hacer más por nosotros, á causa de la grande afluencia de peregrinos que, atraída por la proximidad de la Semana Santa, en núm. de 14.000, llenaba el hospicio y todas las salas dependientes del convento.

Todos los países de la cristiandad tuvieron aquel año numerosos representantes. La Rusia sus princesas; la Inglaterra sus ladies; los Estados-Unidos sus excéntricas turistas. El Perú estaba personificado en las dos bellas señoritas de Tesanos Pinto.

Era ya entrada la noche, y preciso era entregarse al descanso; pero en toda ella no pude cerrar un momento los ojos. Conmovid por hondas emociones, pasela reclinada en la ventanilla de mi celda, mirando ese cielo y esas estrellas que contempló con sus divinos ojos Aquel cuyas huellas venia yo á adorar.

Al siguiente día, cuando nos preparábamos á pedir en el convento un guía, presentósenos para ofrecernos este servicio un misionero amigo de mi familia en Buenos-Aires.

Nadie mejor para guiarnos en los sagrados sitios, que aquel religioso de vasta erudicion, recto juicio y profunda piedad, que habia pasado largos años en Palestina.

Fray Antonio de Cerdeña es un anciano de larga y blanca barba, de ojos azules y simpática fisonomía. Habia sido amigo del infortunado Maximiliano de Austria, á quien acompañó en su peregrinacion á los Santos Lugares, y lo recordaba, deplorando con lágrimas el fatal error que condujo á aquel amable príncipe al cadalso.

Nuestra primera estacion fué en la iglesia del Santo Sepulcro, donde nosotros, cristianos, pedimos permiso

para entrar á los guardias turcos que, acostados en almohadones, confeccionaban café y fumaban sus pipas dentro del mismo templo donde veníamos á prosternarnos.

Concediéronnos un instante y no más, pues los cofres iban á comenzar sus oficios; y cada uno de los siete ritos que tienen allí sus capillas, exige que para ejercer sus prácticas se cierren las puertas del templo á las otras comuniones.

¡Mezquindades deplorables entre hijos del mismo Dios, allí donde resonó su palabra de amor, indulgencia y caridad! Antagonismos culpables, que muchas veces han armado las manos de los religiosos, y convertido en campo de combate el sagrado recinto, obligando á los turcos que guardan la puerta á entrarlos en orden á palos.

¡Ah! de todas las tribulaciones que han afligido á la Iglesia, ninguna me apenó tanto como esta humillante lección dada por los infieles á los discípulos de Jesucristo.

En frente á la entrada del templo se encuentra la Piedra de la Unción, donde Magdalena y los dos discípulos embalsamaron el cuerpo de Jesús á vista de su dolorida Madre.

Es un trozo cuadrilongo de granito, que ha sido preciso cubrir de mármol para defenderlo del piadoso pillaje de los fieles.

Penden sobre esta piedra multitud de lámparas de plata y oro, adornadas de valiosas esmeraldas.

Un poco más allá está la piedra donde las mujeres vieron sentado al ángel que les anunció la Resurrección.

Cerca de allí, bajo una capilla octógona, excavado en la peña viva de la montaña, muéstrase el Santo Sepulcro, donde el cuerpo del Redentor permaneció tres días, mientras su alma Santísima bajó á tomar consigo la de los justos que rescatara con su sangre.

La irreverente piedad que deteriora los objetos sagrados para arrancarlos reliquias, ha hecho necesario cubrir también el Sepulcro con una tabla de mármol que sirve de altar.

Hacia el fondo de la gran nave comienza á elevarse el Calvario, al que se sube por diez y ocho escalones, y en cuya cima, que es también una iglesia, se encuentra el hoyo en que fué puesta la cruz, así como la profunda hendidura que abrió de arriba á abajo la montaña en aquella hora suprema en que el sol se oscureció, se estremeció la tierra y se rasgó el velo del templo.

De estas huellas del sacro drama, impresas y por decirlo así, palpitantes todavía en el granito de aquellas rocas, despréndese algo vago y misterioso, que conmueve hondamente el alma.

Descendiendo una estrecha escalera abierta en la peña bajo el Calvario, visité la iglesia subterránea de la Cruz, edificada por Santa Elena, en el sitio mismo donde encontró el santo leño.

Estas iglesias, así como las capillas de los siete ritos, están cubiertas por la gran bóveda del templo, que las abarca todas, y en el centro de la cual se alza la amplia y elevada media naranja que el príncipe Constantino de Rusia ha hecho dorar en su visita á los Santos Lugares.

Todos estos santuarios están llenos de ricas ofrendas, enviadas por los monarcas de Europa, ó traídas por ilustres viajeros.

Un permiso especial dióme entrada á la mezquita de Omar, el primer templo del islamismo, después del de la Meca, situado en el solar que ocupó el templo de Salomón.

Es suntuoso, aunque está algo deteriorado. Rodéalo un bosque de cipreses, y en sus muros están escritos el Corán y la historia del profeta.

Al salir de la mezquita llegaron á mis oídos hondos gemidos, y vi recostados, no lejos de allí, en las ruinas de un antiguo muro, muchos hombres y mujeres en actitud desoladora y anegados en lágrimas los ojos.

Eran los judíos residentes en Jerusalem, que van los viernes á llorar la patria perdida en ese último resto del templo de Jehová.

Siguiendo los pasos de Jesús, el Jueves Santo, á las últimas horas de la tarde, atravesé el torrente de Cedron, y fui al huerto de Jethsemaní, hoy un bello y bien cultivado jardín encerrado entre murallas, donde se encuentran ocho antiquísimos olivos, sin duda aquellos cuyas raíces regó el sudor de sangre.

Allí, bajo sus móviles sombras, y no en la gruta que está no lejos, decíame el corazón que oró Aquel que gustaba aislarse en lo alto de las montañas para hablar con el Padre.

Y yo también oré con el labio pegado á esa tierra bendita; y cortando una rama del más viejo de aquellos árboles, guardéla en mi seno.

Descendiendo después al valle de Josafat, crucélo pen-

sando en el tremendo día que allí ha de reunirse; día de confusión para unos, de triunfo para otros.

Instintivamente, mis ojos buscaban un sitio entre aquellos sepulcros rotos, invadidos por las zanja, y lo hallamos bajo un hermoso sicomoro.

Señalé bajo su fronda lugar para mis parientes y amigos, y pedí al Soberano Juez que dejara ese árbol á su diestra.

En fin: después de haber recorrido toda esa tierra maravillosa de los milagros, volví á la Ciudad Santa, y antes de dejarla, fui á prosternarme trémula de gozo ante el sepulcro del Redentor, para recibir en mi pecho su sagrado cuerpo en el misterioso símbolo de la Eucaristía.

Cristiana desde la cuna, profundamente penetrada de la verdad de mis creencias, nada puede aumentar mi fé; pero aquellos que sientan deslizarse en su alma las tinieblas de la duda, visiten la Tierra Santa, y descenderá á ellos esa divina virtud que realiza lo imposible y abre las puertas del cielo.

MARÍA TERESA DE OBLIGADO.

RISA Y LLANTO.

I.

En su ráudo girar divisó al llanto
La placentera risa.
—¿No me envidias, le dijo, pues mi encanto
La humanidad precisa?

Donde quiera que voy, siembro alegría,
Hago la vida hermosa;
Soy reina del placer y de la orgía.
Y brillo poderosa.

Con anhelo me buscan los mortales,
Hallando en mí ventura;
No conozco jamás los tristes males
De la negra amargura.

El llanto respondió:—Con pena escucho
Tu peregrina historia;
Si tu poder es en la tierra mucho,
¿Cuánto dura tu gloria?

No la dicha en tu imperio se eterniza,
Que rápida se agota;
La senda que tu planta esteriliza,
Solo á mí injunjo brota:

Es cual humo fugaz que se deshace,
Tu vano poderío;
Mas la flor del consuelo hermosa nace
Con mi santo rocío.

La risa replicó:—Tu voz desprecio,
Pues ni sé ni adivino,
Cómo pretendes en tu orgullo necio
Eclipsar mi camino.

—Adios, murmuró el llanto; yo deploro
Tu soñada ventura.
Tú un día buscarás el gran tesoro
De una lágrima pura.

II.

La risa cruza por el éter luego
Envuelta en ígnea gasa;
Mas, al vivo contacto de su fuego,
Sin ascender se abrasa

Como raudal que en perlas se desborda,
Así el espacio puebla
Líquido aljófár que el celaje borda
Blanca, flotante niebla.

Y, cual en una concha nacarada
Cruzando la azul nube,
Se vé una flor, de lágrimas formada,
Que hasta los cielos sube.

Lugo, 1877.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO.

DOS ECOS.

—¿Me quieres? me decía,
Y con sus claros ojos me miraba,
Y yo desfallecí
Y la brisa, al pasar, se sonreía
Y, murmurando apenas, se alejaba.

Aún sus cabellos de oro
Acariciando mi megilla siento,
Y sin consuelo lloro,
Que aún percibo del bien que tanto adoro
El blando, suave, perfumado aliento.

Al pié de su ventana,
Hablando de mi amor, me sorprendía
La luz de la mañana,
Y las frases que, amante, me decía
El eco de su voz las repetía...

Mas, ¡ay! que la esperanza
No vuelve más al pensamiento mio;
Ya sólo, en lontananza,
Los tristes ayes que mi pecho lanza,
Repito el eco de mi amor sombrío!

1867.

RICARDO SEPÚLVEDA.

¡¡CHIST!!

I.

Tengo yo un ángel más bello!...
Con unos labios tan rojos...
Negros, muy negros los ojos:
Rúbio, muy rúbio el cabello.

Junto á la cuna yo miro
Su faz dormida y serena,
Más blanca que una azucena,
Mas suave que un suspiro.

En su rostro angelical
Brilla el alma candorosa,
Como el botón de una rosa
En un vaso de cristal.

Venid: en su boca vierte
El sueño blanda sonrisa.
Eh!... no vengais tan de prisa;
Callad, que no se despierte.

II.

¿No veis con qué gracia va
La tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo,
Siempre sonriendo está.

Tiene poco más de un año...
No la beseis, duerme ahora,
Y al despertar siempre llora,
Como si le hicieran daño.

Mirándola estoy dormida
Y me estoy mirando en ella,
La veo como una estrella
En la noche de mi vida.

Hermosa niña!... que suerte
Le guardará la fortuna!...
No movais tanto la cuna;
Callad, que no se despierte.

III.

Es un ángel de hermosura
De esos que una madre sueña;
¿Tiene la faz tan risueña,
Y la mirada tan pura!

¿Con qué indefinible anhelo
Miro su faz sonrosada!
Es un alma desterrada;
Sí, desterrada del cielo.

Más bajo... no habéis tan fuerte,
No turbeis su sueño blando;
Sueña!... ¿qué estará soñando?...
Callad, que no se despierte.

José SELGAS.

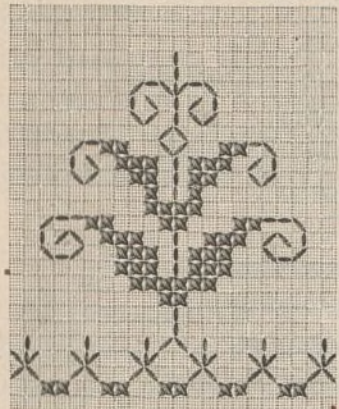
¡ONDINA!

Traducida del francés

POR P. JOSEFA PUJOL DE COLLAJO.

(Continuacion.)

—Nada, señor; os lo aseguro.
—Y si os ofreciera un lugar en la corte, ¿no os gustaría?
—No soy ambiciosa.
—¿Aun que no lo seais! A mi me sería fácil, con el título que os pertenece, erigiros un ducado, que bastaría para que fuerais el astro de la corte, en torno del cual me complacerían en brillar las más hermosas constelaciones del cielo de nuestra nobleza.
—La metáfora, señor, es deslumbradora, pero no me seduce; con mi barquilla me basta para ser feliz, y en la oscuridad cifro mi dicha.
—Pero olvidais, hermosa joven, que hay seres destinados á la gloria, seres que están llamados á elevarse sobre las medianías.



8. Arabesco para el tapete núm. 7.

cion general.

—Me habeis asustado, señor, añadiendo riendo como una loca, ¡no esperaba semejante galantería!

—No es galantería, Ondina.

—Entonces, dijo severamente la joven, invoco el respeto que os debo para no calificarla de ofensa.

—¡Una ofensa mis palabras, hermosa niña, cuando únicamente son la expresión de una esperanza sincera! exclamó el rey con acento penetrante.

A cada momento el monarca se sentía más subyugado por las gracias de la encantadora hija del marqués de Cœuvres. Sus pasados amores, al compararlos con su pasión por Ondina, le parecieron frívolos caprichos, indignos de haber fijado su atención. Aquella seductora criatura unía a todo el majestuoso desarrollo de la mujer, la delicada frescura del niño, por eso Enrique IV se desesperaba al comparar la fría ceremonia con que acogía sus reales galanterías, con el amor que su dulce mirada irradiaba, al fijarse en Bellegarde.

Desesperanzado el monarca por la obstinación de la joven, y gran conocedor de las mujeres, se inclinó a su oído para murmurar una frase que apenas formulada, Ondina, que hasta entonces permaneciera modesta y tranquila, se turbó visiblemente.

El corazón humano siempre tiene una fibra dispuesta a vibrar por la vanidad.

—¿Puedo esperar, Ondina? volvió a preguntar el rey, después de algunos momentos de silencio.

—Olvidadme, señor, esto no os costará tanto. —¡Nunca! primero olvidaría que soy rey de Francia.

—Os engañais, vuestros deberes, la guerra que sostenéis contra los de la Liga, saldrán a mi defensa para

—La medianía es sólida, señor, y la gloria que me dejais vizlumbrar, muy poco honrosa.

—¿Quién sabe!... mañana... ¿no os parece Ondina, que una duquesa fácilmente puede?... —¿Qué, señor?

—Convertirse en...

—¡Acabad!

Enrique IV se inclinó hacia la hija del marqués para terminar la frase.

Ondina sintió subir fuego a sus mejillas de nieve, y una agitación singular, que no fué dueña de reprimir, agitó su pecho, por fin soltó una alegre carcajada que atrajo hacia ella la aten-

respeto, fué á reunirse con Bellegarde, que ya había logrado desembarazarse de la Sra. de Villars.

—¿En qué pensais, Roger? preguntóle la suave niña con ternura, al verle sombrío y pensativo.

—No lo sé, amada mía, contestó el joven sonriendo, pero creo que estoy triste.

—¡Triste! ¿por qué lo estais?

—Quizá, por que os veo alegre, ¡soy tan original!

—Pues yo por mi parte, os aseguro que me he reído con toda mi alma.

—Es muy espiritual el rey ¿no es cierto?

—Mucho, más de lo que os figurais.

—¿Qué os ha dicho?

—Adivinado.

—¿Cómo quereis que lo adivine, querida?

—Teneis razon, oid, me ha dicho que podría llegar á ser...

—¡Qué!

—¡Reina!

—¡Reina!

—Sí.

—Lo comprendo, á condicion de que ántes fueseis su dama, exclamó el vizconde, con mal contenida cólera.

—Sin duda.

—¿Y qué habeis contestado?

—Nada.

—Eso es casi consentir.

—¡Celoso! le he dicho que no debía alimentar ninguna esperanza.

—¿Y se ha convencido?

—Todo, ménos que eso.

—Me lo temia, ¡ah! ¿por qué vuestro padre se propone aplazar nuestro enlace,

prestando que mi posición aun no es todo lo brillante que desea para vos!

—Hablad á mi hermana, Roger, Julia intercederá y conseguirá de mi padre el permiso que anhelaís.

—No, no, la marquesa de Villars ha adivinado la pasión del rey, y se ha puesto de su parte.

—Entonces, esperemos, amado mio, dijo la joven de una manera encantadora, esperemos, y contad conmigo.

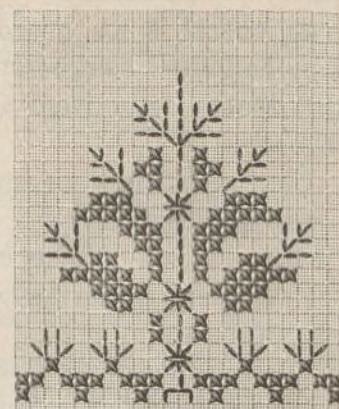
Ondina desapareció, ligera como una cervatilla, por entre los árboles, al acabar de pronunciar estas palabras, y Bellegarde se reunió con sus amigos.

A la caída de la tarde, el rey se dispuso á abandonar al castillo prometiendo al marqués otra visita, y el vizconde se vió precisado á acompañar al rey.

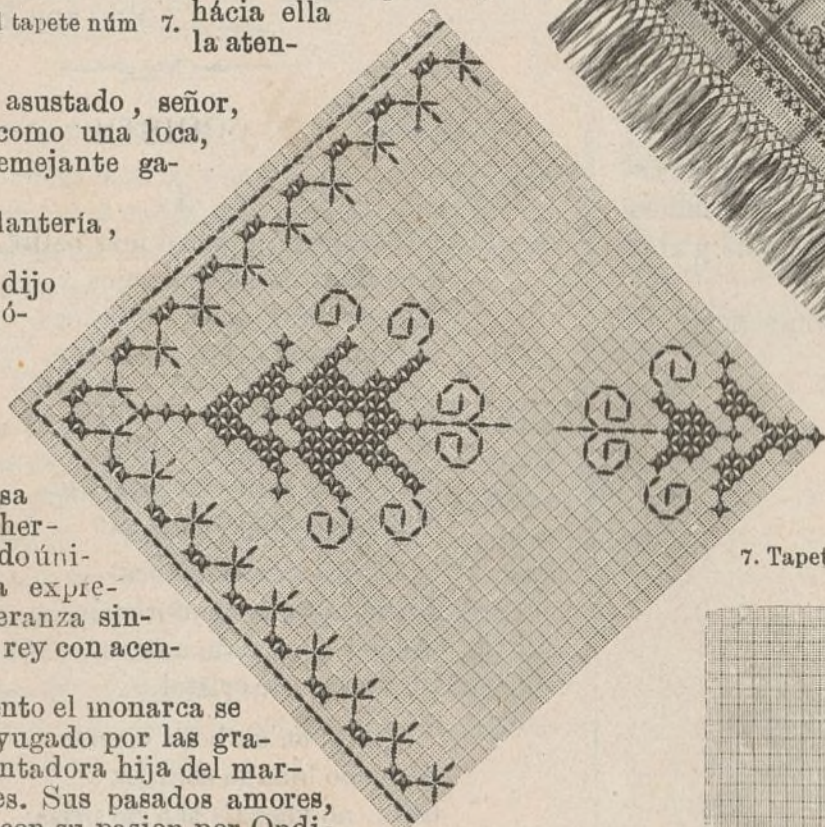
Enrique IV no consintió que Roger se quedara al lado de su gentil prometida.

—Ya sabeis, Bellegarde, que necesitamos á todos nuestros leales servidores, despedios, y á caballo.

—¡Vive el

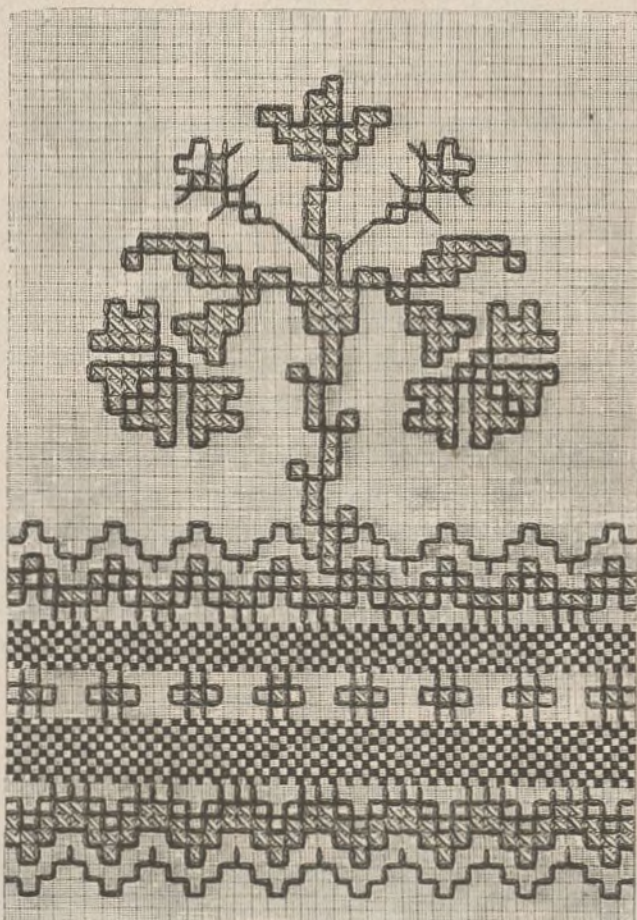


9. Arabesco para el tapete núm. 7.



7. Tapete de cañamazo. (Véanse los núms. 8 á 10.)

10. Arabesco para el tapete núm. 7.



12. Cenefa y arabesco para el tapete núm. 11.

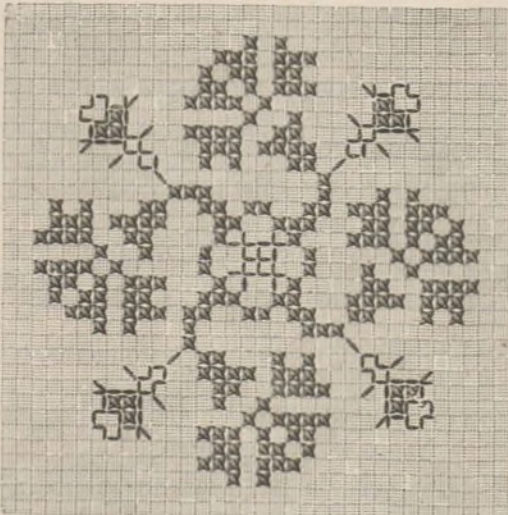


11. Tapete de cañamazo. (Véanse los núms. 12 á 14.)

induciros á olvidar un amor en mala hora concebido.

—¡Os juro que no! exclamó Enrique IV, cogiendo la mano de Ondina, y llevándola á sus labios con pasión.

La hija del marqués de Cœuvres enrojeció, lanzó al rey una fría mirada, se levantó, y saludando con



14. Arabesco para el tapete núm. 11.



15. Vestido con túnica. (Véase el núm. 16.) Patron de la túnica: pliego del 18, por el revés, núm. XXI, fig. 68.)



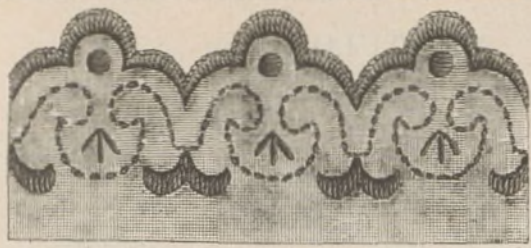
16. Vestido con túnica. (Véase el núm. 15.) Patron de la túnica: pliego del 18, núm. XXI, fig. 68.)



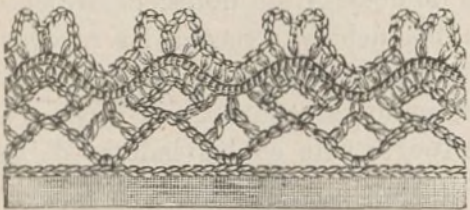
EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



17. Cenefa bordada con color para ropa blanca.



19. Puntilla de trencilla y crochet.

barcacion. La jóven estaba hermosa como nunca, con su graciosa cabeza inclinada en actitud pensativa, mientras que sus lindas manos imprimían maquinalmente perezoso movimiento á los frágiles remos que pendían á ambos lados de la barca.

¿La imagen de Roger ocupaba por completo la mente de la solidaria de Cœuvres?

Un ligero fruncimiento de cejas, que alteraba el de ordinario dulce semblante de Ondina, indicaba sobradamente que el espíritu de la jóven sostenía un combate interior, y á su edad no era necesario un profundo conocimiento del alma humana, para comprender la naturaleza de aquella lucha.

Por bien organizada que esté una mujer, el amor y la vanidad entran en mucho para constituir su parte moral, y cualquiera de estos dos sentimientos, eternamente en lucha, que se declara victorioso sobre ellas, produce sus resultados. La mujer, particularmente en las altas esferas sociales, desea brillar, ser admirada, y algunas veces sacrifica su dicha á esa exigencia.

Ondina, más tierna que frívola, se estremecía recelando un funesto principio, se sentía débil y temía dejarse dominar por sugerencias extrañas, sobre todo se asustaba al pensar en su hermana, cuyo carácter enérgico, frío y positivo, ejercía sobre ella tan grande imperio. La astucia y la elocuencia de la Sra. de Villars, muchas veces habían conseguido inclinar á su capricho el ánimo apocado de la amada de Bellegarde, pero en aquella ocasión más que en ninguna otra, la marquesa empleó su pérfida habilidad en desplegar á los ojos de la débil Ondina, las inmensas ventajas que el amor del rey reportaría á la familia.

Por eso aquella mañana, durante el paseo, la alegría que habitualmente resplandecía en las candidas facciones de la dulce

niña, pareció haberse eclipsado, el amor y el cálculo libraban reñida batalla en su interior, su amor era grande, pero la vanidad de la mujer, hacia por momentos rápidos progresos en el corazón de la amante, y el recuerdo de Bellegarde se levantaba gimiendo en su pecho cada vez que pasaban ante sus ojos los esplendores que le prometiera el real entusiasmo.

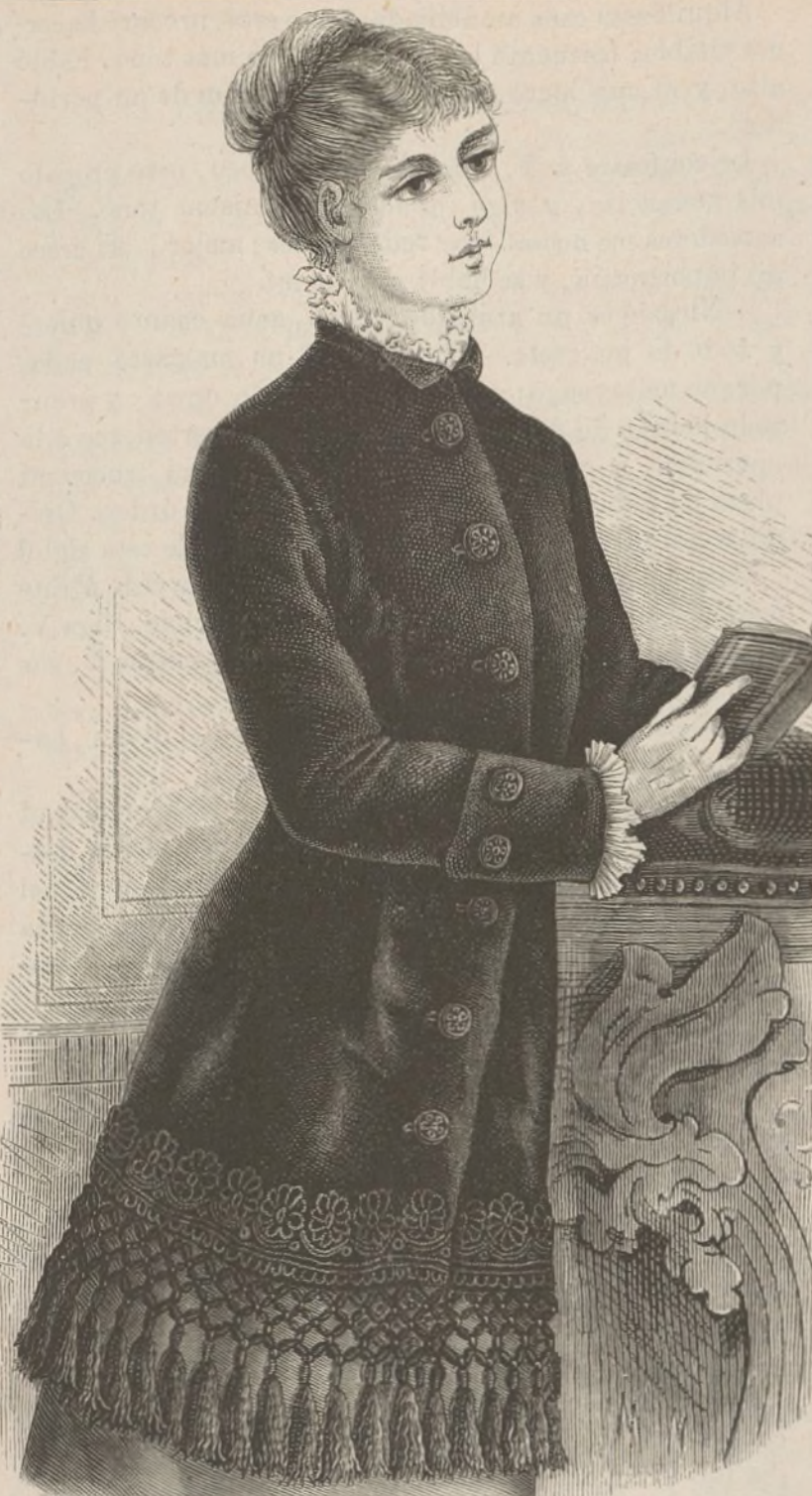
IV.

DOS CARTAS Y UNA CONTESTACION.

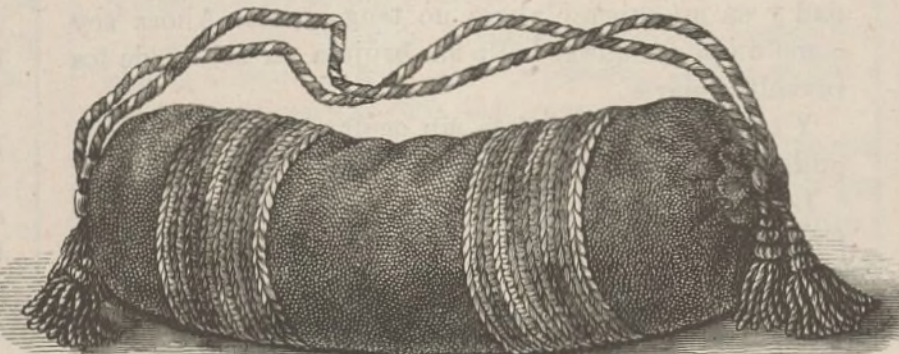
Una mañana, y siguiendo su poética costumbre, Ondina se paseaba por el río en su pequeña em-



21. Paletot de entretiempo.



22. Paletot para jovencita. (Véase el núm. 23.) (Patron: pliego por el revés, núm. XII, figs. 37 á 41 a.)



24. Almohadon redondo. (Véase el núm. 25.)



25. Crochet para el almohadon núm. 24.



26. Cenefa rica para el pantalon núm. 6 del Correo anterior.

en vuestro poder, dijo saludando.

La jóven se apresuró á enterarse del contenido de ambas misivas, hélo aquí:

«Desde que os ví, no cese de pensar en vos, sois una necesidad imprescindible para mí, y espero que esta noche á las ocho me permitireis, que de incógnito, penetre en el parque del castillo, donde confío encontraros. Nada temais respecto á que vuestro padre nos sorprenda, le he encargado una comision para Soissons, y no regresará hasta mañana. Besa vuestra mano

ENRIQUE.»



28. Cenefa de crochet y trencilla para enaguas y pantalones.

Ondina se sonrió, y abrió la segunda carta, cuya letra le era bien conocida:

«¡Con qué gusto, amada mia, hubiera devorado el trayecto que media entre Mantes y Cœuvres, si tuviera alas como los pájaros! pero ¡ay! la necesidad me ha reducido á la dura condicion de esperar una ocasion favorable para veros. Esta noche os veré sin testigos en el parque, durante pocos momentos, para repetiros una y mil veces cuánto os amo.

Adios, mi bella Ondina, hasta las ocho.

ROGER.

La jóven quedó suspensa al concluir la doble lectura.

«¡Dios mio! exclamó, ¡no comprendo esa broma! y al volverse se encontró con su hermana que la miraba en silencio.

«Me pasa una cosa en extremo curiosa, mi buena Julia, la dijo.

«¿Qué ocurre?

«Lee y juzga.

«Efectivamente; dijo la marquesa, despues de haber leído las dos cartas, cualquiera creería que obran de acuerdo.

«¡Figúrate tú, exclamó Ondina, lo que sucederá si se encuentran en el parque Roger y el rey!

«¡Vaya una cara que pondran los dos!

«No digas los dos, sino los tres, porque tambien yo he de intervenir.

«¿Tú? ¡y qué quieres hacer?

«No lo sé aún... veremos... porque... vamos ¡no sería más lógico, que en vez de andar con tanto misterio, se presentaran por la puerta del castillo? ¿qué significa esa manera de penetrar furtivamente en el parque? ¿no quiere ser mi marido el uno? ¿no es el rey

el otro? murmuró á media voz Ondina: ¡pues entónces! un rey...

«Un rey, repitió la marquesa acompañando sus palabras con una sonrisa maquiavélica, un rey, no compromete nunca, querida, y los hombres gustan del misterio cuando aman á una mujer.

«¿Qué locura!

«Pues qué, Ondina mia, ¿crees que todos en el mundo no tenemos algo de locos, particularmente tú?

«¡Yo!

«Sí, tú, aseguró la de Villars, porque es necesario que seas loca para amar á Bellegarde.

«¡Es muy hermoso, Julia!

«¡Bah! agraciadillo, ¡no mas!

«Tiene talento.

«¡Y poca fortuna!

«¡Vaya, vuelve á leer su carta, hermana mia! exclamó Ondina con calor, vuelve á leerla, y fíjate bien en ella, ¡cuánta ternura y delicadeza refleja!

«No lo niego, no lo niego, pero yo en tu lugar le enviaria una contestacion menos linda y más razonable.

«¿Qué le escribirías? veamos.

«Atiende:

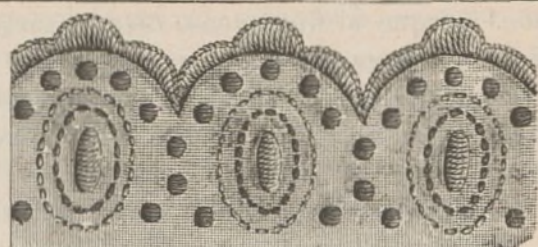
«Caballero: siento infinito no poder corresponder por más tiempo al honor de vuestra amistad, mi padre rehusa positivamente concederos mi mano, porque vuestra posicion no responde á sus deseos, por lo tanto, Bellegarde, he de olvidaros, y procurad vos hacer lo propio. Adios.

«¡Tú le escribirías esto, hermana mia! exclamó Ondina con sorpresa.

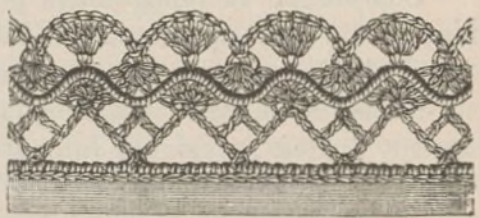
«Sin vacilar.

«Pero esa carta, dijo la jóven con intencion, no sería la expresion de tus sentimientos si estuvieras en mi lugar, ¿verdad?

«¿Qué importa, si estaba de acuerdo mi conducta con la ra-



18. Cenefa bordada con color para ropa blanca.



20. Puntilla de trencilla y crochet.



23. Espalda del paletot núm. 22. (Patron: pliego del 18, por el revés, núm. XII, figs. 37 á 41 a.)



27. Cenefa para el pantalon núm. 7 del Correo anterior.

zon? porque al fin, ¿acaso crees casarte con el vizconde? No esperes nunca que nuestro padre consienta, y menos ahora que tiene otros proyectos; no olvides que un noble picardo, el baron Damerval de Liancourt, te quiere con delirio.

—¡Es horriblemente feo, mi buena Julia!

—¡Pero enormemente rico!

Ondina hizo una mueca harto significativa.

—Comprendo tu repugnancia por el baron, hermana mia, añadió la marquesa; no es mi intencion violentar tu voluntad sobre este punto; pero ¡por Dios! no dejes escapar la fortuna que te se proporciona. Dime, ¿no serías en extremo dichosa, prosiguió Julia con acento incisivo, no te gustaria ser la causa de la elevacion de los tuyos? ¿no gozarías abriendo la mano real para que dispensara títulos y honores á los seres que te fueran queridos? No lo dudes, Ondina, el poder, que nos permite proteger á los que amamos, es el más envidiable de los bienes.

—Pero tiene corta duracion, balbuceó la joven, inclinándose pensativa su linda cabeza, con aire soñador y fascinada por la imperiosa mirada de la marquesa; además, ¿no conoces la historia de los amores del rey?

—¡Quién la ignora! exclamó Julia algun tanto contrariada; pero Enrique IV ya no es joven, la inconstancia de carácter desaparece con los años, estoy convencida de que tu juventud, tu belleza y tu talento fijarian con facilidad su corazon. Su intencion es formal, Ondina, y...

—¡Oh! lo adivino, exclamó la joven.

—Desea, prosiguió la astuta señora, desea convertirte en el objeto adorado de sus últimas afecciones.

—Así me lo aseguró, pero ¿y Margarita de Valois?

—¡Y el Padre Santo? contestó Julia con satánica sonrisa; ¡por ventura Clemente VIII no tiene el divino privilegio de desatar el lazo conyugal?

Ondina cerró los ojos y guardó silencio: un mundo de ideas bullian en su mente juvenil; próxima á decidir de su suerte, vacilaba indecisa, sin saber qué partido tomar. La fria mirada de la marquesa pesaba sobre ella, y la tierna amada del vizconde se estremecía y temblaba como el pobre pajarillo que inútilmente intenta escapar á la fascinacion de la serpiente.

(Se continuará.)

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

Tambien será muy conveniente que haga V. anunciar todos los dias más obras, con títulos retumbantes, que las que pueda escribir en su vida. Esto le dará á V. tanta fama como si las hubiese escrito.

¡Ah, se me olvidada, para robustecer su celebridad, no sería malo que diese V. algun escándalo: un rapto, un desafío ruidoso, una calaverada, aunque sea de mal género, cualquier cosa.

Esto es lo que es preciso estudiar, y no los autores clásicos.

Créame V.; para llegar á ser lo que se llama un escritor, tiene V. que cambiar de vida. En vez de pasar las noches estudiando, páselas V. en los lupanares ó en los salones de alguna mesalina, ó de algun ministro ó potentado, que pueda servirle á V. de escabel para encumbrarse.

En vez de pensar, escriba; en vez de meditar sobre las reglas, estudie el mundo y sobre todo las costumbres de su época. El que no se somete á las exigencias de su época, es un estúpido; el que se empeña en contrarestar la corriente, un insensato.

Además, no está V. bien vestido; ¿quién quiere usted que le admire vestido de ese modo, aunque sus obras fuesen otros tantos modelos?

—¡Pero si no tengo recursos! balbuceó Cláudio con desaliento.

—¡No tiene V. recursos! exclamó Nicasio echándose hácia atrás con muestras de verdadero asombro. ¡Pero muchacho! ¡Me va V. interesando de un modo extraordinario! ¡Pero yo no tengo un maravedí! ¡Todo lo que ve V. aquí lo debo! ¡Debo hasta este cigarro que le ofrezco, debo hasta las sonrisas de mi Adela!

Oiga V. mi historia; será breve; pero quiero completar con ella mis instrucciones.

Soy hijo de un hacendado de Nebrija; nunca he querido estudiar; no sé gramática castellana.

Como mi padre me obligaba á asistir á la escuela he retenido algunos nombres clásicos.

Por lo demas me sobra imaginacion. Murió mi padre y me dejó por herencia mucho menos de lo que yo pensaba. Tenia veinticinco años; no sabia qué hacer. ¿Cuál será la carrera, pensé, que no necesite estudios? Vine á Madrid y me hice escritor.

Alquilé esta casa amueblada, como está, procuré hacerme visible, frecuenté las sociedades de más tono, hablé alto, y al mes logré entrar en la redaccion de un periódico.

Le confesaré á V. que gano muy poco, pero propalo mis ganancias, y sigo dándome el mismo tono. Los acreedores me acosan por todas partes; mejor, así crece mi importancia, y se habla más de mí.

—Nicasio es un aturdido, dicen, gana cuanto quiere y todo lo malgasta.—En realidad no malgasto nada, porque nada tengo; pero bueno es que lo crean, y pronto lo habrán de decir con verdad, porque pertenezco á la oposicion, y cuando haya una oportunidad trueco mi plaza de redactor por un destino de primer orden. Osadía es mi divisa; ¿no es la osadía la divisa de este siglo?

Con que adios, amigo mio, creo haber servido á Eugenio, haciéndole á V. un importante servicio. Siga V. mis doctrinas si quiere ser escritor; si no rasgue V. sus manuscritos y tome oficio.

Y Nicasio se reclinó negligentemente en el divan, haciéndole un amistoso saludo con la mano.

Cláudio no se sintió con fuerzas para darle gracias ni para dirigirle frases lisongeras. No sabia si debía despreciarle, ó si debía humillarse en presencia de aquel hombre que tan bien habia sabido aprender la ciencia de la vida, la más útil, si no la más honrosa de las ciencias.

Bajó la cabeza, tartamudeó un saludo, y salió estrujando entre las manos sus malhadados manuscritos.

Cuando entró en el gabinete de Genoveva para darla su primera leccion, estaba preocupado y abatido.

—¿Qué es eso? le preguntó la joven con bondadoso interés, interrumpiéndose en medio del pasaje que traducía; noto que está V. distraído, me parece que su pensamiento se halla en otra parte. Le ocurre á V. algo desagradable?

Cláudio se apresuró á excusarse.

—Á propósito, dijo Genoveva, anoche Eugenio le recomendó á V. á un escritor distinguido é influyente, ¿ha ido V. á verle?

—Pluguiera á Dios que no hubiese ido, exclamó vivamente Cláudio: ayer tenia fé y esperanza en la sociedad y en mí mismo; ahora no tengo nada. Ahora soy como un piloto que se halla sin brújula en medio de los revueltos mares.

Y la refirió su entrevista sin ocultarle ni aún lo que pudiera rebajarle en el concepto de Genoveva.

Los ojos de ésta brillaron de entusiasmo, cuando Cláudio terminó su relato, diciendo sencillamente que antes rompería su pluma que transigir con su conciencia como escritor y como hombre.

—Bien, muy bien! exclamó la joven estrechándole la mano, así debe proceder quien se respeta á sí mismo, respetando al propio tiempo á Dios y al mundo.

Siga V. en su noble propósito, no titubee V. nunca: Nicasio solo ha visto á la sociedad bajo su lado mezquino; pero lo bueno existe. Buscad y hallareis, dice Jesucristo, busque V., Cláudio, y hallará: estoy segura de ello.

El viento se lleva la paja y respeta el rubio trigo: el trigo germinará en silencio y algun dia producirá ramos y flores. Aunque las perlas estén escondidas en el fondo del mar, no faltan buzos que descendan á buscarlas: las guijas se hallan á la vista de todos y nadie se baja á recogerlas. Desprecie V. esa celebridad efímera: no compre usted nunca la gloria ni la fortuna á espensas de la honradez y la conciencia: la voz pura y suave que se eleva dentro de nuestro corazon satisfecho de sí mismo, vale más que todos los tesoros, vale más que todos los aplausos de la tierra.

El talento, sello que la divinidad ha esculpido en nuestra frente, es un don demasiado precioso para que podamos venderle. Deje V. á los génios vulgares que hagan como los mercaderes encareciendo sus mercancías; el que sabe lo que vale no puede descender á tal vileza. Escriba V. Cláudio, escriba V. con perseverante constancia, y déjese guiar por la fé del corazon, luz portentosa que todo lo ilumina con mágicos resplandores.

Nada hay inútil en las obras del Creador: si dá aroma á las flores es para que embalsamen el ambiente; si dá perlas á la aurora, es para que fertilice los sembrados; si Dios ha alumbrado su mente de V. con la luz inmortal del genio, será para que esta luz esclarezca algun dia á las inteligencias sumidas en la ignorancia.

Siga V. siendo lo que es: Dios le abrirá camino.

Al hablar así, brillaban en el rostro de la joven la fé y el entusiasmo, que producen á los héroes y á los mártires.

Cláudio volvió á su casa consolado. Habia hallado la compensacion de todos sus sufrimientos de la víspera.

Abrazó á su madre, jugó con sus hermanos y por la noche se encerró en su gabinete para confiar al papel las ardientes sensaciones de su alma.

CAPÍTULO V.

EL LAZO MISTERIOSO.

Disfruta de los beneficios de la Providencia, en esto consiste la sabiduría; hazlos disfrutar á los demás; en esto consiste la virtud. (Proverbio.)

Habian trascurrido tres meses; ya el florido Mayo no vestía á la naturaleza de hojas y de flores: el ardiente sol de estío calcinaba los árboles, secaba los arroyos: algunas florecillas, místicas y descoloridas, inclinaban su tallo oprimidas por el soplo sofocante de la brisa, que exhalaba un hálito de fuego: solo en las laderas de los montes, los viñedos agitaban sus pámpanos todavía verdes y lozanos.

Madrid carecia completamente de animacion: las familias de tono, y todas querian serlo, habian abandonado la capital de España para ir, como las golondrinas, en busca de un ambiente más fresco, de un suelo en donde hubiese sombra, pájaros y flores.

Nuestros antiguos amigos, habitantes de la calle de San Vicente, gozaban de un tranquilo bienestar. Ninguna innovacion se habia introducido en su modo de vivir, ni en los muebles de su modesta casa, solo que reinaba en ella más alegría, solo que en vez de una maceta de flores habia muchas delante del balcon, y Virginia excitaba el entusiasmo de su hermano más pequeño, ostentando una bata de chaconada hecha de moda y una pañoleta de encaje.

Por lo demás, no habian hecho más que pasar de la pobreza á una estrecha mediania. ¡Seis mil reales en Madrid son tan poco para que viva una familia! ¡Luego el mejorar de condiciones trae consigo muchas necesidades!

Cláudio, para alternar con sus nuevos compañeros, tenia que vestir con más decencia y alguna vez concurrir con ellos al café ó al teatro.

Esto lo hacia el modesto joven las ménos veces posibles: pero al fin tenia que hacerlo alguna vez.

En cuanto á su novela, se habia cerrado al primer capítulo.

Trabajaba solo en su escritorio, subía á la hora prefijada á dar su leccion á Genoveva, pero ésta siempre se hallaba acompañada del aya y de Eugenio. Concluida la leccion, se marchaba otra vez al escritorio, y ya no la volvía á ver hasta el dia siguiente.

Y no era que Genoveva dejase de mostrarse con él siempre amable y bondadosa, lejos de eso, ya le regalaba un ramillete de flores para su hermana, ya algunos dibujos para Nicolás, y las primeras frutas que aparecian en el jardin para la abuela.

Un dia le dijo que se interesaba por un joven desgraciado, pintor de mucho mérito, el cual se proponia dar lecciones mediante una retribucion muy módica, y le rogó que lo tomase por maestro de su hermano.

Nicolás, pues, á costa de un pequeño sacrificio, pudo ver realizados sus deseos, y aunque Cláudio comprendió el subterfugio de Genoveva, ésta habia manejado el asunto con tan esquisita delicadeza, que su amor propio no pudo resentirse.

En cuanto á Eugenio, con la lijereza propia de su carácter, parecia haberle olvidado.

Cuando le veía le hablaba con la misma expansion, con el mismo afecto que siempre, pero iba muy rara vez á su casa y muy rara vez le invitaba á que participase de sus placeres.

Esto, en verdad, no era extraño, porque tenia mil ocupaciones, y estaba asediado por los amigos y los aduladores:

La persona que más parecia ocuparse del oscuro joven era la señora; Cláudio la veía todos los dias con sorpresa bajar á su escritorio, y pedirle consejos sobre sus especulaciones mercantiles.

Cándida iba siempre vestida con sumo lujo, y prolongaba sus coloquios el mayor tiempo posible, acompañando sus palabras de contorsiones, que querian parecer coquetuerías.

Cláudio no reparaba en nada, y le causaba la misma sorpresa cada vez que veía entreabrirse la puerta y aparecer la vieja solterona.

En la casa de su principal no le habian vuelto á convidar á ninguna de sus fiestas, quizás porque en los primeros dias habia inventado excusas para no asistir á ellas.

Á veces, cuando se quedaba trabajando hasta una hora muy avanzada de la noche, veía entrar en el patio los lujosos carruajes de los convidados, veía al través de los cristales de su ventana, penetrar el resplandor de las bujías, y oía los acordes de la música del baile.

Entonces dejaba el trabajo, cruzaba las manos sobre la mesa y apoyaba en ellas la ardorosa frente. Otras veces se asomaba á la ventana.

El aposento que ocupaba era un cuarto bajo destinado

á las oficinas. Encima de estas se hallaban los dormitorios, y en el lado opuesto los salones de recibo. La ventana daba á un anchuroso patio que terminaba en el jardín, cerrado con una verja, y dividía en dos mitades el edificio.

Desde ella Cláudio podía seguir con la vista las móviles sombras que se dibujaban al través de los cristales.

Y así permanecía horas y horas, hasta que advertía con sobresalto que era ya muy tarde y que su familia estaría inquieta por su tardanza.

¿En qué pensaba durante sus largas meditaciones? ¡Ni aún él mismo lo sabía!

Una sola noche había asistido á lo que el mundo llama una brillante fiesta, y había vuelto á su casa con el alma destrozada.

¿Deseaba con el ardor propio de la juventud volver á mezclarse entre aquellas parejas turbulentas?

No: sus gustos eran apacibles, sencillos los placeres que anhelaba su fantasía; pero entre la penumbra de aquella noche, durante la cual sufrió tantas y tan angustiosas emociones, surgía una figura radiante y encantadora: surgía la figura de una noble y altiva mujer que le había ofrecido el apoyo de su brazo cuando todos le desdeñaban. Y aquella mujer era hacía mucho tiempo el ángel que velaba su sueño, la dulce compañera que presidía á su trabajo, la bienhechora estrella que iluminaba su vida.

¿Era amor lo que sentía por ella?

Esta idea no había cruzado jamás por la imaginación de Cláudio. Aunque no hubiese sido la prometida esposa de su amigo, ¿cómo era posible que Genoveva, bella, rica, adúlada, fijase sus miradas en el pobre y oscuro joven? Este hubiera sido un sueño asaz atrevido, y Cláudio era por demás modesto y delicado.

¿Qué sentía, pues, hacía ella? ¡Una adoración igual á la que el hombre siente hacía el Dios que le ha creado! ¿Qué esperaba? ¡Nada! Esperaba lo que espera la humilde florecilla del naciente sol, cuando yergue su tallo y cimbreaba su ramage al divisar el primero de sus rayos.

Es que Cláudio con sus treinta años era cándido, amante y sencillo como un niño. Su alma era tan pura como los copos de nieve que flotan por el ambiente antes de tocar al suelo; su corazón tan ardiente como el cráter de un volcan, solo que el volcan estaba cubierto de musgo y nadie acertaba á adivinar su existencia.

Todo en él era sentimiento: tenía la delicadeza de una mujer, la virginidad de alma de un adolescente. Había cruzado el mundo con los ojos cerrados: juzgaba de todos por su propio corazón. Regía su conducta por los santos consejos de su madre, sentía llena el alma de caridad, amor y benevolencia y la derramaba á raudales sobre cuantos le rodeaban.

Hubiera querido ser útil á todo el mundo, hubiera querido enjugar todas las lágrimas: era para él una verdadera felicidad sacrificar algún placer para que lo tuviesen otros. No pensaba que pudiesen existir los ingratos, acaso no le importaba que existieran, porque obrando de este modo, se servía á sí mismo.

Su madre recordaba siempre con orgullo que cuando era niño, repartía todas las tardes su merienda entre los niños pobres de la calle, y que cuando fué descubierto, cuando tuvo que confesarlo, bajó los ojos y sus mejillas se tiñeron de rubor.

También contaba que en el colegio siempre era el intercesor de sus discolos compañeros, y que más de una vez se había acusado por salvarlos.

Las acciones del niño indican las del hombre: Cláudio, á los treinta años, tenía la misma abnegación, la misma sensibilidad, la misma inocencia de espíritu que en sus primeros años.

Nada había podido aprender del mundo, porque hasta entonces para él el mundo se hallaba cifrado en su familia, y en su familia solo se conocían los sentimientos puros y sublimes.

Cláudio, pues, en su época era un verdadero anacronismo, y si hubiese intentado salir de su oscuridad, le hubiera sucedido como á las primeras mariposas que se ven despojadas de sus alas por el helado cierzo. Por esto la frívola sociedad le lastimaba, y solo hallaba verdaderos gozos en la vida íntima.

Pero como tenía pocos medios de labrar la felicidad de los seres á quienes amaba, como no podía esparcir el bien á manos llenas, soñaba mucho, soñaba incesantemente.

Soñaba que era rico y repartía sus riquezas entre los necesitados, soñaba que era dichoso y derramaba su dicha sobre cuantos le cercaban; ¡ay, algunas veces también soñaba que era bello y que era amado, y que le daba de castas y suaves caricias al ídolo de su alma.

(Se continuará.)

LA VOZ.

I.

Me he propuesto escribir algunos artículos acerca de las cosas pequeñas de la vida: acerca de aquellas cosas de que nadie hace caso, y que son, sin embargo, más importantes de lo que se cree, y de mayor influencia de la que se les supone.

Al hablar de una mujer hermosa, se elogian sus ojos, su boca, su talle, la expresión de su semblante, las gracias de toda su figura.

Cuando se menciona una mujer agradable, se habla de su talento, de su gracia, de su amabilidad, de su instrucción: mas hay una cosa de la que nadie se cuida y que nadie nombra. La voz.

Y sin embargo, ¿quién que conozca el poder de los sonidos en las imaginaciones impresionables podrá negar á la voz una mágica influencia?

¿Quién duda que existen voces celestiales, que al hablar penetran en el corazón, y nos llevan adonde quieren, sin que nos demos cuenta de ello?

¿Quién no ha oído en una conversación de muchas personas, un acento encantador, que ha conquistado, desde que se ha dejado oír, todas nuestras simpatías, y que ha hecho que nos intereseamos inmediatamente por las ideas de quien le posee?

No podré yo expresar á mis lectoras el valor que tiene ese órgano, que si bien se cree muy importante cuando se trata del canto, juzgase indiferente en lo que toca á la conversación.

El metal de la voz despierta simpatías más vivas y acaso más irresistibles que la belleza misma.

Una mujer bella, con una voz áspera y bronca, pierde la mitad de su belleza.

Por el contrario, una que sea sólo agradable, cautiva de una manera irresistible si su voz es dulce y simpática.

Y no creo que el metal de la voz es independiente de nuestra voluntad: nosotros podemos, si no variarlo, modificarlo al menos, y de ingrato hacerle dulce y agradable.

No tienen poca parte para dar el tono á la voz los sentimientos del alma; cuando la ira domina, la voz es sofocada y áspera y los sonidos oscuros, careciendo completamente de modulaciones.

Mas cuando la dicha, la tranquilidad y la alegría tienen el ánimo en una dulce serenidad, la voz es dulce también y halaga al oído, casi como un canto.

Hay mujeres, y yo misma conozco á algunas, que con una voz muy dulce, tienen un corazón seco y helado; que su acento afectuoso es el disfraz de un monstruoso egoísmo; pero esto no quita su poderoso encanto á un agradable metal de voz; antes, por el contrario, al ver el imperio que estas mujeres ejercen en cuantos les rodean, al observar cuán bien, pronta y fácilmente consiguen todos sus fines, y llegan á las empresas más difíciles, se comprende cuán grande es el poder de una voz grata al oído, y de un suave y melodioso acento.

II.

En la mujer, sobre todo, es indispensable un eco de voz dulce y afectuoso.

La que carece de él debe adquirirlo con el estudio, pues ya he dicho que en gran parte la dulce emisión de la voz depende de nosotras.

Tal influencia ejerce en el hombre la voz dulce de la mujer, y tanto le agrada, que apenas habrá cosa que niegue al suave acento de la súplica, y apenas habrá nada que conceda al duro acento del mando.

He oído hace poco tiempo preguntar á un hombre dotado de un carácter violento y duro, su parecer acerca de una mujer muy bella.

—No me gusta, respondió secamente: tiene un metal de voz duro y desagradable, y yo prefiero una mujer fea, dotada de una dulce voz.

En efecto; este hombre se ha casado con una mujer que nada tiene que agradecer á la naturaleza, sino un metal de voz lleno de encanto, y que ella modula con una destreza exquisita y una dulzura sin igual.

Los contrastes se buscan siempre, y son los que crean las más fuertes afecciones: aquel hombre severo, de carácter duro y seco, no podía menos de enamorarse de la dulzura que prometía la voz encantadora de su esposa.

He visto este hombre, arrebatado de ira en muchas ocasiones, calmarse al oír el dulce acento de su mujer, que aunque conociendo su ridícula é inmotivada cólera, le decía:

—Tienes razón mil veces; pero cálmate por mí, pues te vas á poner malo; ya se arreglará eso de otro modo.

Alguna persona rigorista, presente como yo á estas escenas, ha dicho que esta mujer era una hipócrita, y que culpando en el fondo de su alma á su marido, fingía ser de su parecer: pero ¿hubiera ganado algo la paz de la casa y de la familia con que ella hubiese dado gritos también, culpando la imprudencia y la cólera de su esposo?

Sin duda que no: ella le trata como á un enfermo, y hace bien, porque realmente lo está: la ira es una cruel dolencia moral.

Algunas veces, en lo más fuerte de sus accesos, este hombre violento se cubre avergonzado el rostro, y una dulce palabra de su mujer es la que causa tan maravilloso efecto, por el contraste que ofrece con su grosera cólera: la he visto algunas veces callar, hacer como que no ve su confusión, y salir un instante para no humillarle con su triunfo: cuando volvía á la habitación ya parecía no acordarse de aquello, y hablaba á su marido de otras cosas, con tanta afabilidad como si nada hubiera pasado.

Así, la dulce influencia de aquel acento ha ido calmando las olas de la cólera del esposo: el hombre quiere ser siempre superior á la mujer, y á ningún marido que ama á la suya le gusta verse rebajado ante sus ojos, y lo que es más duro, á los ojos de sus hijos.

¿Es acaso esta mujer insensible?

No: es prudente; ama á su marido, y conoce bien el corazón humano.

III.

Ya he dicho más arriba que el carácter dominante y la propensión á la cólera alteran la voz y le dan sonidos broncos y desagradables; así es que la voz áspera se tiene por signo de una índole desapacible y violenta, y por lo mismo, las mujeres de voz poco dulce son poco simpáticas al sexo fuerte.

Hay, sin embargo, mujeres dotadas de un metal de voz dulcísimo, y de una expresión angelical en el rostro, con un carácter de hierro y una voluntad más firme que todas las voluntariosas é impacientes: estas mujeres, dotadas de bastante sangre fría para no descomponerse jamás, dan órdenes severas é ineludibles con el acento más melodioso, y toman resoluciones energías y terribles, que rara vez adoptan las que regañan mucho.

La fuerza de inercia es la que adoptan esas mujeres; pero ésta es la más fuerte y la más inquebrantable: dicen que sí á todo, y solo hacen lo que quieren ó les conviene: enfrente de otra voluntad fuerte como la suya, lloran, se desmayan, se refugian en el *no puedo*, suplican y fatigan al que las quiere dominar, saliéndose siempre con la suya, como suele decirse.

Esta clase de caracteres no me parece digna de aprecio; pero la prefiero con mucho á la otra clase, que encierra todas las provocaciones de la cólera grosera, todas las réplicas brutales y descompuestas, de la impaciencia: dominar por la súplica y por la protesta de la debilidad es más digno y más propio de la mujer, que hacerse temible por las manifestaciones de su enojo.

El huracán troncha la soberbia encina, y pasa sobre la verde caña que se doblega á su ímpetu, y que vive á orillas del lago azul y transparente.

Mérito grande es en la mujer el ser dulce en la voz y en los modales, é inquebrantable en la voluntad para las cosas buenas.

IV.

No hay mujer ninguna, á menos que no sea completamente insensible, dotada de una perenne é inalterable dulzura: á la que veo siempre complaciente, serena, con la sonrisa en los labios, y hablando melosamente, lo confieso, no le dedico mis más grandes simpatías.

El alma tiene sus tempestades, como el mar y como el cielo: una contracción de facciones, una lágrima cerniéndose en las pestañas, un temblor en la voz, la palidez y el rubor súbito, son señales infalibles de la lucha de la voluntad y de la sublime victoria que sobre ella se alcanza: he visto, y no hace muchos días, á una mujer joven, bella y virtuosísima, ultrajada por su marido ante un gran número de personas, y digo ultrajada, porque sin motivo alguno la desmintió con una irritante é insolente grosería.

La pobre joven, al oírle, se quedó pálida como la muerte: un instante después un encarnado ardiente vistió desde su frente hasta su cuello; su seno palpitó con violencia; sus ojos lanzaron un relámpago deslumbrador... ¡qué terrible lucha tenía lugar en el corazón! todos los ojos estaban fijos en ella... y todos se miraban con asombro, cuando ella, pasando una mano por sus ojos, como para no ver, dijo con acento dulce y sumiso á su brutal marido:

—Perdona, amigo mío... me habré equivocado.

¡Qué gran victoria consiguió aquella mujer sobre sí misma! ¡cómo se leía la admiración de los presentes en sus semblantes! ¡y qué triste papel el del marido déspota y grosero!

El poseer una voz agradable es un seguro antídoto contra los arrebatos de la cólera, porque las frases duras no se pueden decir con un acento dulce y afectuoso, y la costumbre de esta gracia, sea natural ó adquirida, sirve de freno á todas las desigualdades de un carácter desapacible.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

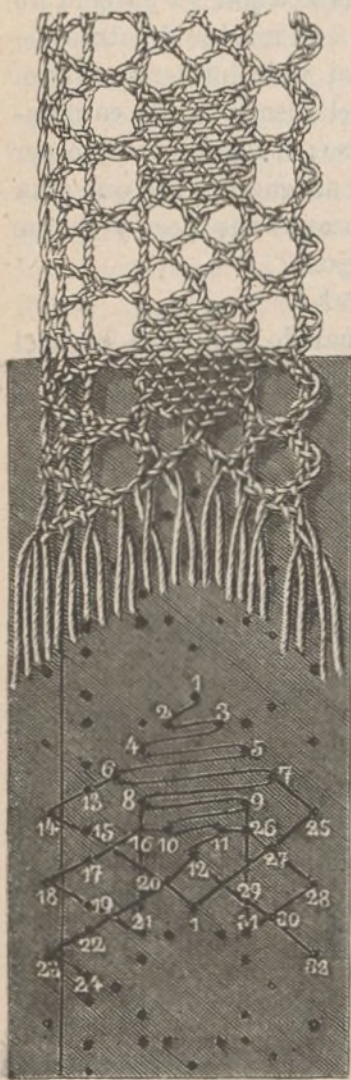
CONSEJOS A LAS NOVIAS.

La joven que piensa casarse, debe mostrar su tacto y su prudencia en la elección de los objetos que compongan su equipo, eliminando todas aquellas bagatelas que representan un gasto inútil, ó aquellas prendas destinadas á pasar de moda.

Así, la ropa blanca obtendrá su preferencia sobre los vestidos, fichús, sombreros, etc., que no pueden conservarse durante mucho tiempo sin renovarlos aunque se hallen en buen uso.

Un equipo bien entendido deberá contener los siguientes objetos: 12 pares de sábanas de hilo

sin costura, con dobladillo calado y cifra bordada. — 4 pares de sábanas de Holanda con guirnalda ó escudo bordado. — 18 almohadas de hilo con cifra bordada y guarnecidas con una puntilla de encaje de palillos, un plegado de batista ó un volante festonado. — 8 almohadas de Holanda con guirnalda ó escudo bordados. — 12 camisas de vestir elegantes y variadas con adornos, bordados y puntillas. — 12 camisas más sencillas, pero también realizadas con bordados y puntillas. — 24 camisas de hilo con feston ó tira bordada. — 12 camisas de noche guarnecidas con plieguecitos y biesses. — 12 chambras con cuello, pechera y puños guarnecidos con plisés de batista y valenciennes. — 6 chambras bordadas. — 4 chambras ricas adornadas con bordados y encajes. — 12 saltos de la cama, ó de nanzouk para el verano y 6 de muletón ó franela para el invierno. — 12 peñadores,



34. Encaje de palillos.

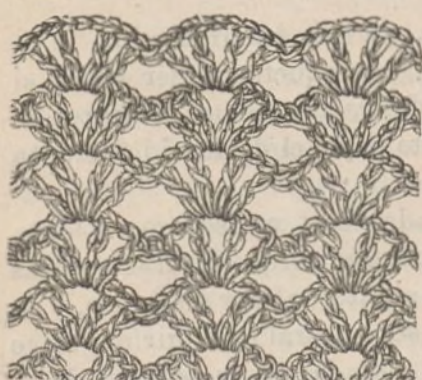
guarnecidos con entredoses y puntillas. — 6 enaguas pequeñas de percal guarnecidas. — 6 enaguas largas con diferente disposición de los volantes. — 3 enaguas pequeñas de muselina. — 6 enaguas de vestir ricamente adornadas. — 12 pantalones con pliegues y entredoses. — 12 pantalones con bordados y puntillas. — 6 pantalones ricos bordados y con encajes. — 12 pañuelos de batista de fantasía con puntillas, entredoses y gran cifra bordada. — 12 pañuelos de batista con dobladillo calado ó iniciales bordadas. — 24 pañuelos de hilo con iniciales. — 2 pañuelos ricos; bordado y encajes. — Un pañuelo, fondo de batista guarnecido con encaje de Brujes ó punto de Inglaterra. — 6 cuerpos interiores bordados. — 6 cuerpos interiores guarnecidos de puntillas y entredoses. — 3 docenas de medias blancas de hilo de Escocia. — 12 pares de medias de fantasía. — 12 pares de medias de seda.

Una bata para el invierno de cachemir guarnecida de faya; una de franela ó foulard adornada de encajes, y una ó muchas de muselina ó nanzouk para el verano.

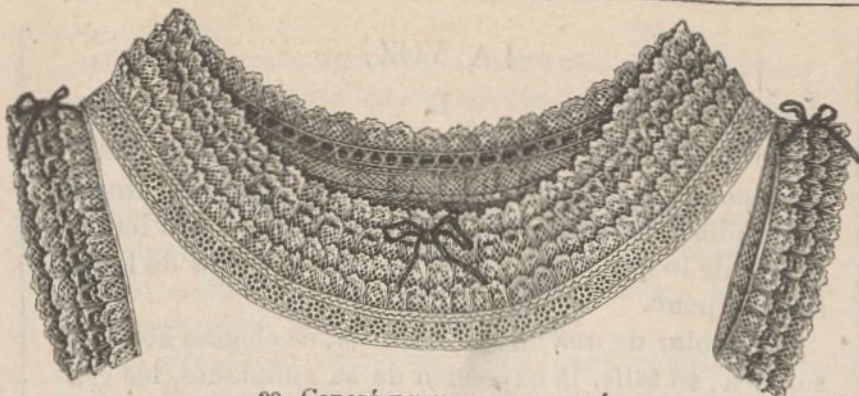
Es inútil decir que sobre esta base cada uno puede suprimir ó aumentar los objetos según el alcance de sus facultades; pero yo aconsejo la reducción posible en los artículos de puro lujo, para conservar intacto el número de aquellos que son verdaderamente útiles y dan una idea de la sensatez de la persona que debe más tarde encargarse del manejo de una casa.

SECRETOS DEL TOCADOR.

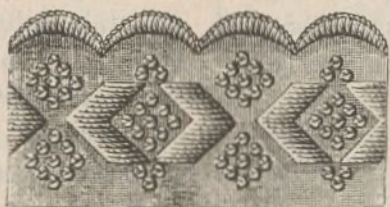
Si durante el invierno es preciso preservar el cutis



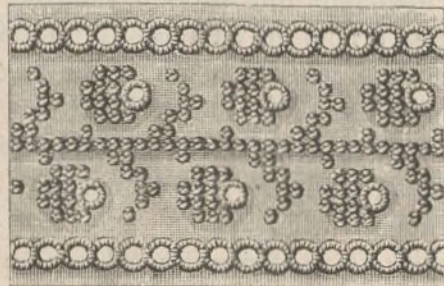
44. Fondo para la redceilla núm. 10 del Correo anterior.



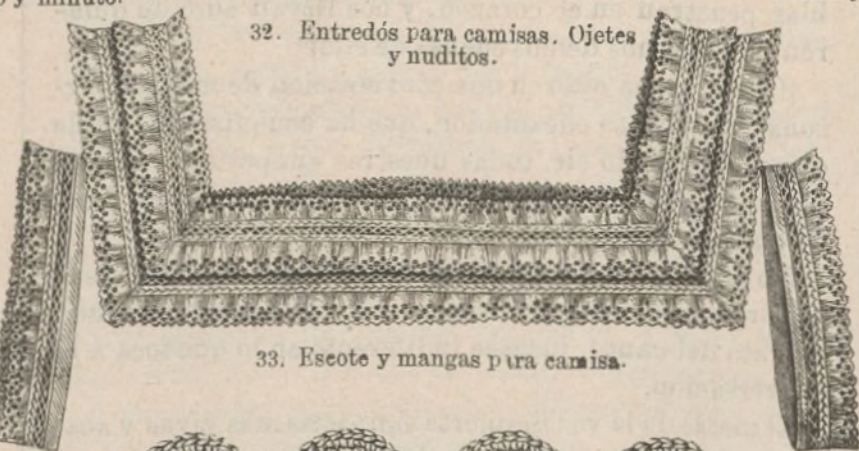
29. Canesú y mangas para camisa.



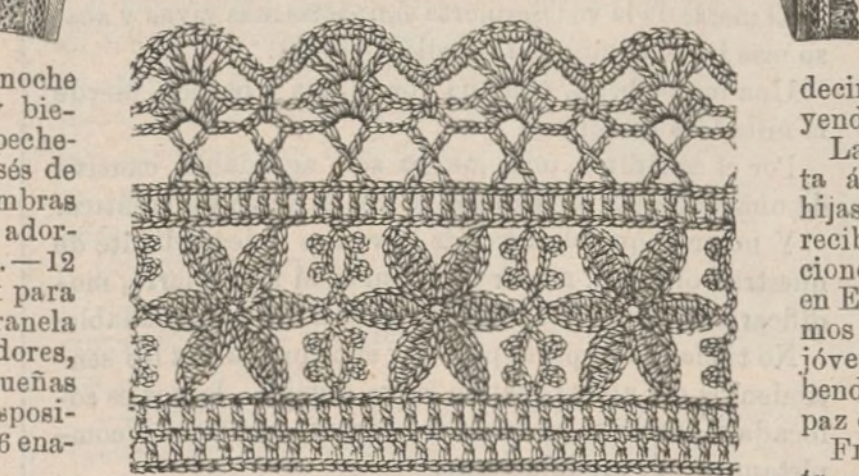
30. Cenefa bordada para camisas. Pasado y minuto.



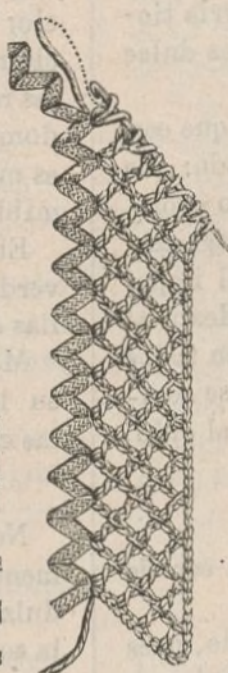
31. Cenefa para camisas. Feston y minuto.



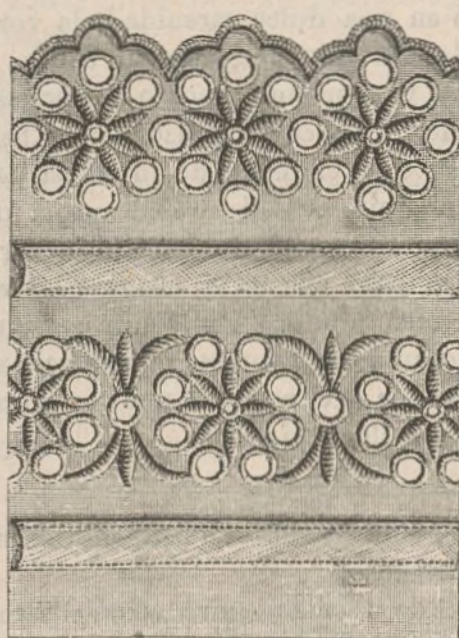
32. Entredós para camisas. Ojetes y nuditos.



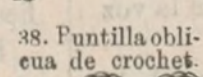
33. Escote y mangas para camisa.



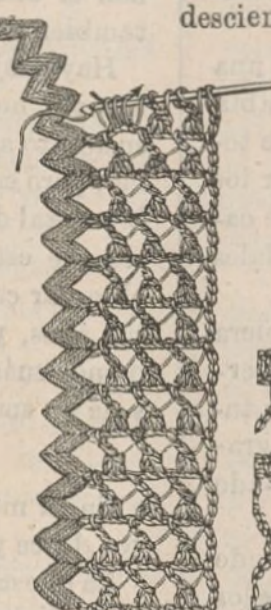
36. Entredós y puntilla de crochet.



40. Cenefa bordada.



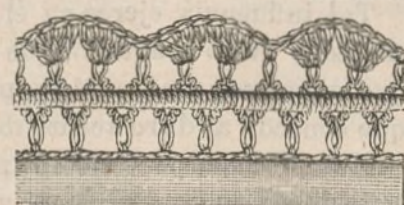
38. Puntilla oblicua de crochet.



39. Puntilla oblicua de crochet.



42 y 43. Puntillas de crochet y trenceilla.



41. Entredós de crochet.

Flores en el pecho y en el cabello; guantes blancos.

CUENTOS DE SALON.

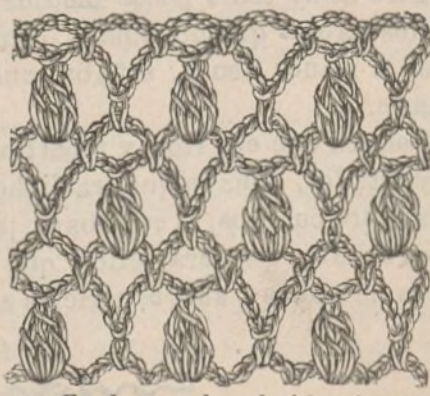
Se ha publicado el tomo quinto de la nueva serie, con la tercera edición de la novela

NUBE NEGRA

FOR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 4 rs. en las principales librerías. En provincias 5 rs. Pedidos al Administrador de los Cuentos de salon. en Madrid, calle de Claudio Coello, 13, ó á la Administracion de EL CORREO DE LA MODA.



45. Fondo para la redceilla núm. 10 del Correo anterior.



46. Bordado para la camisa núm. 36 del Correo anterior.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1310 bis.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Administración de Madrid

Administración: Montera, 11, Madrid.